

**REVISTA CIDOB d'AFERS
INTERNACIONALS 36.**
Espacios de la interculturalidad.

Identidad y conflicto: personalidad, socialidad y culturalidad.
Rik Pinxten

Identidad y conflicto: personalidad, socialidad y culturalidad

*Rik Pinxten

Actualmente, el concepto de identidad se utiliza como un concepto genérico que atañe a acontecimientos sociales harto diversos. Numerosos conflictos se reagrupan bajo la categoría de conflictos de identidad. La identidad es considerada, por lo tanto, como la faceta más importante de ciertas luchas tanto pacíficas como violentas. A modo de ejemplo, citemos los siguientes casos: el motor principal en el violento conflicto entre hutus y tutsis en Rwanda y Kivu habría sido un conflicto de identidades tribales; la guerra entre croatas, serbios y bosnios habría sido un conflicto en pos de la salvaguardia de las respectivas identidades nacionales; y Le Pen anima a los franceses a defender su identidad nacional. Una evolución clara aparece en el discurso político, en el que los viejos términos han sido cambiados pero conservan sentidos casi idénticos: raza se denomina ahora cultura, cultura se convierte en identidad. Algunas veces cultura se asocia con identidad, de lo que se deriva la noción de identidad cultural. Este proceso queda ilustrado a las claras por el tipo de estudios que lleva a cabo el grupo francés GRECE, proveedor de ideas del Frente Nacional. A primera vista, la cosa parece bastante clara: un grupo se manifiesta por el simple hecho de que sus miembros poseen en común unos símbolos, un territorio, una historia, etc. Sin embargo, analizada de cerca, la noción de identidad se vuelve más problemática. De hecho, ya en los ejemplos citados, la identidad connota una esencia, lo cual implica invariabilidad, homogeneidad, permanencia. Pero las cosas no son tan simples como parecen. Todos sabemos

que las identidades cambian, nacen y desaparecen, y las élites (políticas) pueden influir en este proceso de forma crucial. En nuestra opinión, dos posturas son posibles: o bien el concepto de identidad es descalificado y apartado con la esperanza de que la violencia desaparezca con el propio concepto, o bien, se puede problematizar la noción de identidad para tratar de clarificar su estructura y sus muchas implicaciones. Por nuestra parte, optamos por la segunda. En esta perspectiva, proponemos un estudio comparativo que conceptualice la identidad como un fenómeno dinámico (en este sentido, hablaremos de dinámicas de identidades) ligado al estudio de conflictos.

DE LA IDENTIDAD A LAS DINÁMICAS DE IDENTIDAD

Distinguimos tres niveles de identidades: el individuo, el grupo y la comunidad. Son tres niveles de amplitud pero, al mismo tiempo, tres tipos cualitativos diferentes: la identidad individual concierne a cada persona en sí misma, la identidad de grupo se define por las relaciones interpersonales reales, mientras que la identidad comunitaria, en principio, trasciende en el tiempo y en el espacio a los individuos y a los grupos existentes.

Identidad individual

La identidad cotidiana: dos ejemplos

Los servicios aduaneros y los agentes de policía, pero también los empleados municipales, e incluso los de banca, poseen el derecho de pedirnos cualquier documento que pruebe nuestra identidad: un pasaporte, un permiso de conducir, etc. Normalmente, este documento muestra una foto del interesado, su nombre y otros datos, como la fecha de nacimiento, etc., y nos identifica como persona única e insustituible, pero también como miembro de tal o cual grupo, sociedad o comunidad (nacionalidad, grupo de adultos, etc.). A partir de este ejemplo, podemos concluir que:

- la identidad indica la manera por la cual uno difiere de los demás, pero también aquello que nos une al resto; la identidad es comparativa;
- ciertos rasgos de la identidad nos son atribuidos desde el nacimiento y no pueden ser modificados (lugar y fecha de nacimiento, por ejemplo);
- algunos aspectos nos son dados desde el nacimiento y no son modificables más que tras difíciles gestiones (nombre, sexo, nacionalidad);
- ciertos aspectos pueden ser cambiados deliberadamente (lugar de residencia, estado civil);
- ciertos aspectos de la identidad son modificados al margen de nuestra propia voluntad (el parecido con la foto del pasaporte).

Otro ejemplo se manifiesta dos o tres veces, quizás, a lo largo de nuestras vidas: a veces, decimos de alguien que está atravesando una *crisis de identidad*. Una persona que sufre una crisis de tal naturaleza se hallará en dificultad consigo misma. Otra manifestación de este fenómeno podría ser todo el ciclo de transiciones conocidas en cada tradición del mundo (nacimiento, infancia, pubertad, etc.). La noción de crisis de identidad nos conduce, al menos en Occidente, al ámbito de la patología. Desde nuestra perspectiva, la patología no es más que una forma aguda de la identidad *normal* y podría servirnos de interesante aproximación suplementaria. Los conceptos y, sobre todo, las experiencias elaborados por los especialistas en terapias pueden ampliar nuestro enfoque. En realidad, la manera en que la considerada biblia de los diagnósticos en Occidente, la DSM-III-R (*Diagnostic and Statistical Manual of Mental Disorders III Revised*), clasifica e identifica las aberraciones referentes a la identidad, nos informa acerca de las nociones de identidad occidentales. En general, la identidad individual en Occidente es considerada como un sentimiento subjetivo de unidad de la persona, susceptible de experimentar desórdenes (temporales o no) que pueden ser patológicos o normales (y pasajeros), cuyas formas y aberraciones son culturalmente específicas.

La problematización de la identidad

Mismo y diferente

La denominada *unidad* de la identidad individual, con la que trabaja el DSM-III-R, es problematizada por Paul Ricoeur, quien distingue dos aspectos en el concepto de identidad: en primer lugar, la “mismicidad”, basada sobre ideas, relaciones y relaciones de relaciones, que presuponen una continuidad en el tiempo; y, en segundo lugar, lo que él denomina “ipseidad”, esto es, el conjunto de identificaciones reconocidas por una persona y que tolera el cambio y la evolución. Ambos aspectos son necesarios y establecen una relación dialéctica entre sí: “El problema de la identidad personal constituye, a mi entender, el lugar privilegiado de la confrontación entre los dos usos mayores del concepto de identidad que he evocado en muchas ocasiones sin jamás haberlo tematizado verdaderamente. Recuerdo los términos de la confrontación: por un lado, la identidad como mismicidad (latín: *idem*; inglés: *sameness*; alemán: *gleichheit*), por otro, la identidad como ipseidad (latín: *ipse*; inglés: *selfhood*; alemán: *selbstheit*). La ipseidad, así lo he afirmado repetidamente, no es la mismicidad. Y es precisamente debido al desconocimiento de esta distinción crucial, por lo que han fracasado las soluciones aportadas al problema de la identidad personal que ignoran la dimensión narrativa” (Ricoeur, 1990:140). Es evidente que el concepto de identidad no se refiere a homogeneidad o permanencia. Al contrario, es el campo de tensión entre “permanecer el mismo a través del tiempo” y “cambiar en el decurso del tiempo” lo que constituye el significado de la identidad de una persona. En este sentido, el otro forma parte integrante de mí. No es un análisis excepcional o exótico. Así es, un reproche muy fre-

cuenta en las crisis en las relaciones personales en Occidente es precisamente que la pareja es acusada de haber *cambiado*: “no es el mismo que cuando nos conocimos” o “ya no es el mismo hombre/la misma mujer que conocí antes del matrimonio”. El cambio es concebido a menudo en términos de traición. En nuestro enfoque, afirmamos de manera más sistemática que cada noción de identidad científicamente válida implica cambio o dinámica. Las teorías psico y sociodinámicas deberían ayudarnos a captar estos significados (por ejemplo, Erikson, Piaget, Campbell). Este razonamiento nos aleja necesariamente de una concepción esencialista y estática de la identidad. Para Ricoeur, la comprensión de uno mismo y del otro forma parte de un modo de expresión, de un discurso narrativo, lo cual es siempre una interpretación. El discurso narrativo utiliza materiales que provienen de la realidad factual, pero también de la ficción. Ricoeur concibe a la persona como un personaje inserto en una trama: el personaje está ligado a las experiencias de la vida, pero la trama puede ser reorganizada todo el tiempo. Al final, es la identidad de dicha trama la que penetra la identidad del personaje. Como lo describe Denis-Constant Martin (1995:7) de manera clara, “one proposes one’s identity in the form of a narrative in which one can re-arrange, re-interpret the events of one’s life in order to take care both of permanence and change, in order to satisfy the wish to make events concordant in spite of the inevitable discordances likely to shake the basis of identity”. El discurso narrativo de la identidad produce la relación. Vincular los acontecimientos, producir una trama, permite integrar lo que se presenta como contradictorio desde el punto de vista de la identidad-*mismidad*. Diversidad, variabilidad, discontinuidad e inestabilidad pueden ser explicadas razonablemente a través de los vínculos entre los acontecimientos. No sólo datos o actos *reales*, sino también ficción o fantasía forman parte de la trama. Los procesos de integración son complejos y creativos: “que nuestro pasado es un elemento constitutivo de la manera en que nosotros nos vemos hoy, es algo sabido y aceptado. Las frustraciones del pasado pueden, por ello, influir negativamente en nuestras capacidades para realizarnos hoy. Pero nuestro pasado no es sólo las frustraciones, comporta también elementos satisfactorios. En el pasado hallamos una gran abundancia de materiales que dan sentido. (...) Para evitar vivir nuestra vida como una serie de acontecimientos dispares, es importante que sepamos integrar los hechos pasados en nuestro presente y convertirlos así en útiles de cara a nuestro futuro. Este enfoque integrador es ya una expresión de creatividad que libera la energía bloqueada” (Verstraete, 1995:9).

Predictibilidad

Según G.Kelly, el individuo tiene necesidad de una cierta predictibilidad. Las personas se hacen imágenes (modelos de representación) del mundo, sobre las cuales anticipan los acontecimientos, aventuran predicciones e intentan controlar sus vidas. Todos se fabrican una representación de sí mismos como partes integrantes del mundo. El

conjunto de estas imágenes es denominado por Kelly “sistema de construcciones (*constructs*)”. Éste es un sistema jerarquizado de representaciones relacionadas entre sí. Algunas de estas construcciones son más importantes que otras. Por ello distingue Kelly entre las centrales (*core*) y las subordinadas. Su definición de construcción nos recuerda las nociones mencionadas anteriormente: “a construct is a way in which some things are constructed as being alike and yet different from others” (Kelly, 1995:105). Sin un sistema así, todos los acontecimientos de la vida parecerían un mero producto del azar, y el caos y la imprevisibilidad imperarían. Las construcciones ilustran una manera de ordenar el mundo en categorías e implican un proceso consistente en poner etiquetas. Las construcciones no son permanentes, pudiendo ser rediseñadas. Nuevas etiquetas pueden reemplazar las antiguas. La aportación de elementos nuevos a través de la experiencia y del conocimiento puede mejorar la predictibilidad y obligarnos a cambiar. Un medio seguro nos permite ensanchar nuestra experiencia y diseñar de nuevo nuestras construcciones. En circunstancias desfavorables, cambiarlas y rediseñarlas se convierte en algo más difícil. Cuando alguien se siente ofendido o atacado, la reacción más usual es movilizar radicalmente los recursos conocidos a fin de preservar la identidad actual. Terrell A. Northrup (1922:1) elabora las investigaciones de Kelly, describiendo la identidad de la siguiente manera: “Identity is defined as an abiding sense of self and of the relationship of the self to the world. The system of beliefs which constitutes the self and the self-in-relation makes life relatively predictable rather than disorganized and random. This notion of self does not, however, imply that identity is static. Identity may be to some extent fluid and changeable in order to deal with changes in circumstances and new information. A system which is too fluid would not provide enough predictability to be able to function, while a system which is too rigid would not allow for adaption and growth”. Dentro de nuestra perspectiva intercultural es importante ampliar el modelo para incluir en él también los sentimientos, las costumbres y los proyectos, así como las creencias. La teoría de Kelly se revela igualmente interesante para el estudio de los prejuicios. Por ejemplo, la lucha antirracista se presentaba sobre todo como lucha contra los prejuicios. Pero es cierto que nos resulta casi imposible vivir sin prejuicios, ya que forman parte integrante de las construcciones. Sin ellos, la experiencia de nuestro mundo se acercaría a la psicosis continua.

Identidad individual y social

Tajfel (1982) ha desarrollado la teoría de la identidad social. En ella distingue entre identidad personal (o individual) e identidad social. En la misma línea, Erikson (1968) presenta una adaptación de las teorías de Freud a partir de factores sociales y distingue entre *ego identity* y *group identity*. Tajfel concibe la identidad personal como el conjunto de características específicas del individuo: rasgos psicológicos, sentimientos de capacidad, cualidades corporales, intereses intelectuales, gustos y preferencias

personales. La identidad social engloba las características de una persona en cuanto a sus relaciones con los grupos formales e informales, es decir, sexo, raza, nacionalidad, región, etc. La identidad social de alguien es “the part of an individual’s self-concept which derives from his knowledge of his membership in a social group (or groups), together with the value and emotional significance attached to that membership” (Tajfel, 1978:63). Los grupos a los que hacemos referencia aquí son de toda clase: familia, círculo de trabajo, club de ocio, grupo de amigos, partido, iglesia, etc. El individuo construye su identidad social a través de la adhesión a un cierto número de grupos. Otro modelo del mismo género pertenece a G.Allport. Las adhesiones pueden ser esquematizadas, según él, como un conjunto de círculos concéntricos que parten de un núcleo muy particular que se ensancha en círculos más generales. El centro es, para Allport, la familia. Los círculos concéntricos representan consecutivamente: los alrededores, la ciudad, el Estado/nación, la raza, la humanidad. Cuanto más se aleja el círculo del centro más abstracto es su contenido. Allport afirma que la lealtad disminuye a medida que aumenta la distancia con respecto al centro. Una vez más consideramos que es preciso dinamizar este modelo puesto que las lealtades pueden cambiar en el curso del tiempo: por ejemplo, en tiempo de guerra, la nación se convierte en algo más importante que la ciudad o incluso la familia.

Identidad de grupo(s)

Un grupo es un conjunto de individuos. Se podría decir que es el conjunto de relaciones interpersonales. A nivel del grupo, también se manifiestan los mecanismos de la identidad. Hagamos una selección entre las numerosas teorías de la dinámica de grupo y de la sociología. Un autor muy interesante en este sentido es Richard Boyd, quien ha desarrollado una teoría sobre la evolución de pequeños grupos, en un marco evolucionista (Boyd/Richerson, 1985). Boyd introduce una diferencia entre “grupo” y “grupo en sí”. El primero es un conjunto bastante inestable y ocasional de, al menos, dos individuos que se encuentran en interacción el uno con el otro. El segundo, al contrario, forma una nueva entidad en la que el conjunto es claramente mayor que la suma de los componentes. La emergencia de la nueva entidad es el resultado de un proceso en el que diversos problemas son afrontados en el decurso de una serie de etapas. El modelo de Boyd habla de tres sistemas que componen el grupo pequeño en sus procesos: el sistema personal, el sistema social y el sistema cultural.

El sistema de personalidad está constituido por las características y cualidades que están unidas a los individuos pero que influyen en el desarrollo del grupo. Se puede pensar en características tales como el nivel de desarrollo psicológico, la motivación, las formas y estilos de aprendizaje, la historia personal, la actitud ante el trabajo, las capacidades, las necesidades, la conciencia de sí mismo, etc. El sistema social se desarrolla en toda situación en que los individuos se agrupan con un objetivo común. El grupo se convierte

en un “grupo en sí” con sus propios comportamientos y relaciones. Cada sistema social se caracteriza por un conjunto único de normas, esperanzas, tradiciones, procedimientos, sistema de control y de dirección. Boyd indica que el sistema social se manifiesta desde el primer encuentro de grupo. Se asiste a una dinámica que desarrolla en algunas etapas una identidad única a través de interacciones en el grupo. El sistema cultural sitúa a cada grupo en un contexto más amplio que las meras interrelaciones en el grupo: “the cultural system reflects the milieu that surrounds the group and gives it a common referent system”. Para la identidad del grupo, el contexto cultural ofrece convicciones, valores, reglas y costumbres que más tarde organizarán el comportamiento del grupo. Así, el sistema cultural ofrece un marco de referencia para el grupo que contiene creencias comunes, así como una ética y una estética comunes. Las dimensiones o *sistemas* distinguidos por Boyd nos servirán de base para el análisis de las dinámicas de la identidad, aunque nosotros las dinamicemos y generalicemos substancialmente.

Las dinámicas están a menudo influidas, incluso guiadas, por paradojas. Un grupo de paradojas se sitúa en el ámbito de la adhesión. Un individuo pertenece a un grupo y experimenta tensiones entre su identidad individual y la identidad de grupo: el individuo codetermina al grupo, lo refuerza y sostiene activamente la solidaridad interna gracias a su adhesión. Al mismo tiempo, el individuo se ve limitado en cuanto a la expresión de su identidad individual por el hecho de pertenecer al grupo. Esta tensión entre adhesión y libertad individual juega un papel importante en numerosos conflictos. Los tipos de relaciones entre los individuos y el grupo varían en cuanto al grado de compromiso, yendo de la observación pasiva a la dirección activa del grupo. Finalmente, cada grupo define las fronteras: tal individuo, tal compromiso, tal objetivo es prioritario/permitido/prohibido. En este sentido, igualmente se manifestarán numerosas tensiones entre el grupo y el individuo.

Identidad comunitaria

Una comunidad es más vasta y, al mismo tiempo, diferente que los otros dos niveles: ella los trasciende en el tiempo y en el espacio, y ni los individuos ni los grupos pueden entrar en relación directa con una comunidad. No obstante, el nivel comunitario es muy evidente. Veamos algunos ejemplos. Conociendo el pasado, un habitante de Poitiers puede estar orgulloso de su ciudad y sentirse ciudadano. Puede que la batalla de Poitiers contra los musulmanes esté totalmente integrada en su conciencia comunitaria, pero, al mismo tiempo, el habitante contemporáneo de Poitiers no es cristiano de la misma manera que antaño y es, ciertamente, más francés. Los islámicos se denominan musulmanes, y *hermanos*, y forman parte en ciertas regiones de una *umma*, pero algunos de entre ellos se conocen como tunecinos o paquistaníes, y otros como panislamistas. La identidad comunitaria es dinámica también en el sentido que, a veces es la pertenencia a una comunidad específica la que pesa más, otras veces es la perte-

nencia a una comunidad diferente. Por ejemplo, S. Aranowitz (1992) habla de desplazamiento (*displacement*) continuo en el que clase, sexo, raza, nacionalidad y civilización entran en competencia como identidad dominante en diversas situaciones. Además, cada comunidad conoce una dinámica intrínseca que puede hallarse en su propia historia. Respecto a las múltiples formas de la identidad comunitaria, recordemos los círculos concéntricos de Allport. Así, en lugar de definir la identidad comunitaria de manera estricta, presentamos un solo tipo a modo de ejemplo: la identidad étnica.

Hutchinson y Smith (1996) indican que seis elementos determinan una etnia. La comunidad étnica comprende según ellos: un nombre común para la identificación de la esencia de la comunidad; un mito explicativo de la descendencia común con un origen común en el tiempo y en el espacio; recuerdos históricos comunes y un pasado común con sus héroes, acontecimientos y sus correspondientes conmemoraciones; uno o varios elementos de una cultura común que la identifican y que, normalmente, incluyen una religión, costumbres, una lengua, etc.; un vínculo con el país de origen con el cual persisten los contactos, al menos simbólicos (el país de los ancestros); un sentimiento de solidaridad entre los miembros de una comunidad. Analicemos sus proposiciones en profundidad y avancemos algunas observaciones críticas. El nombre común de una comunidad (franceses, europeos, ciudadanos de Poitiers, cristianos, etc.) es importante pero puede cambiar en el transcurso del tiempo, e incluso, desaparecer en la vida contemporánea. Se trata de una etiqueta de la cual la comunidad se apropia o que recibe de otras comunidades. Como tal, esta etiqueta está sometida al cambio: la Yugoslavia de Tito y la de hoy en día ilustran estos cambios. La esencia, que estaría implicada en el nombre según Hutchinson y Smith, no es más que una categoría temporal que ayuda a la comunidad a definirse y a indicar sus fronteras. Los mitos y memorias históricas forman parte de un vasto discurso narrativo en el que hechos y ficción se mezclan para dar una coherencia al todo. Los mitos y los relatos de cariz histórico forman una trama que, por un lado, ayuda a unir las diferenciaciones internas en la comunidad y, por otro, disimula las tensiones entre *mismicidad* y cambio. Buena parte depende de quien inventa y explica el discurso narrativo (hombre político, escritor, etc.). La producción de un discurso narrativo implica una selección de acontecimientos que refuerza la experiencia global y común de la comunidad. A menudo, ello quiere decir que lo que puede dividir es minimizado y que una amalgama de elementos unificadores son puestos de relieve. Es evidente que una dinámica individual (de individuos heroicos o de gran valor, por ejemplo) interviene en la constitución y realización de los discursos narrativos comunitarios. Es cierto que, en situaciones conflictivas, el papel de los líderes puede ser importante en la estructuración y el contenido de los discursos narrativos. Un territorio, quizás un país de origen, poseerá la cualidad de lugar en el que se han dirimido los acontecimientos más importantes. En el discurso narrativo, es el lugar en el que la comunidad puede sustentarse y reproducirse. Con fre-

cuencia, será identificado como el lugar donde siempre, o preferentemente, estas cosas se han producido, incluso si uno no vive ya allí. En este sentido, es una *tierra prometida*, el único lugar en el que ciertas formas de socialidad, de costumbres y de *vida propia* son posibles. El discurso narrativo puede alimentar un discurso de exclusividad en el sentido que un grupo (o pueblo) será el dominante y las diferencias no deban ni puedan ser toleradas. Las fronteras son identificadas, engendrando en muchos casos el conflicto y la violencia. En fin, el territorio es el lugar en el que el poder es ejercido de una manera determinada. Hutchinson y Smith otorgan un lugar a lo cultural. Es así como, a través de las formas de solidaridad, se introducen las dinámicas de grupo.

TEORÍA DE LAS DINÁMICAS Y DINÁMICAS DE IDENTIDAD: EL MODELO

La identidad muestra que es un fenómeno dinámico y jerarquizado. Por ello nosotros hablamos de preferencia de dinámicas de identidad, en plural y poniendo el acento en los procesos y no en los resultados de estos procesos. Para hablar de éstos de forma más precisa, hemos buscado un modelo que nos permita captar dicha complejidad dinámica, incluso desde una perspectiva comparativa (con varios individuos, grupos y comunidades). Este modelo proviene de la teoría de los sistemas dinámicos (con el caos en los casos límites). Los procesos de identidad son, en nuestra perspectiva, maneras diferentes de resolver ciertos problemas. Éstos son, indudablemente, universales, de todos y de todos los tiempos, pero la manera de resolverlos y las soluciones esgrimidas difieren según el individuo, el grupo o la comunidad. Pensar en la solución de conflictos entre diversas partes exclusivamente a partir de una perspectiva única (de una sola manera de solventar el problema), es arriesgarse a trabajar de forma errónea y al tiempo ineficaz, puesto que ya no se ve el problema en sí sino sólo esa única vía de solución. Ésta es una convicción fundamental en nuestro enfoque. En la presente discusión sobre las nociones de identidad, nos enfrentamos a dos posiciones falsas que son, sin embargo, dominantes.

Esencialismo

Las identidades nacionales, religiosas, étnicas y otras suelen definirse a menudo de forma esencialista. Se habla de una identidad flamenca intrínseca, o de la arabadidad, o aun de valores esenciales de la identidad cristiano-occidental, etc. Todas estas categorías suponen la existencia de una identidad esencial, un núcleo inasible e inalienable como el código genético de una persona o una especie animal. En el discurso dominante se encuentran

referencias a una entidad de características definidas, distinta a otras entidades semejantes. De hecho, es un discurso que recuerda mucho al discurso racial: la raza X sería distinta de la raza Y debido a códigos genéticos diferentes. Pero ahora sabemos que un enfoque de *raza* es científicamente insostenible, falso incluso, como lo han probado los biólogos y genetistas de población (Cavali-Sforza, 1996). En el discurso sobre la identidad, este razonamiento esencialista persiste aún. Ahora bien, en ese caso también el esencialismo es falso: cada identidad estática se muestra ficticia desde el momento en que se trata de definir las características en su contexto real, geográfico, psicológico e histórico. En efecto, las identidades cambian siempre, se ensanchan y se adaptan según los diferentes contextos. La realidad de la identidad es también, e incluso manifiestamente, este proceso continuo. Esto no conduce a la irrealidad de la identidad temporal y cotidiana, sino al hecho ésta no es más que un fragmento temporal de un proceso continuo de identidad. Sería deplorable, por otro lado, a tenor de la enorme importancia política de un tema como el de la identidad, limitarse a un razonamiento parcial que haga perder de vista la globalidad. Anderson (1983) ha mostrado de manera convincente cómo la noción y las prácticas de identidad nacionalistas fueron concebidas en el seno de los colonos españoles en América Latina (siglo XVI), para difundirse después bajo diversas formas, más bien esencialistas, a lo largo de los jóvenes Estados-nación europeos (siglos XVIII y XIX). Anderson muestra qué procesos imaginativos operan en este ciclo de transformaciones. En segundo lugar, la crítica antropológica de los últimos decenios nos ha mostrado cómo las identidades étnicas y culturales se forman y se transforman a través de la atribución de etiquetas y de la afirmación mediante el discurso narrativo propio. El estudio más impresionante, con todo, proviene del crítico literario Edward Said (1972), quien ha descrito la manera en que la literatura europea ha definido la “esencia oriental” de los demás. Así, el prejuicio orientalista atribuye características de primitivismo a los pueblos no europeos meridionales y orientales. Ahora bien, su *esencia* no es más que un producto de la imaginación europea. De otra forma, la crítica de Fabian (1984) nos ha mostrado cómo una dimensión histórica les es negada a las demás culturas, con la justificación de ciertas teorías antropológicas. Estas críticas nos muestran, entre otras cosas, que un enfoque esencialista ofrece una imagen parcial y falseada del fenómeno de la identidad. Es en este sentido que tendemos a pensar el fenómeno en términos de dinámicas de identidad. La vivencia de la propia identidad (estática) debe de ser comprendida en el complejo de dinámicas que forma un todo frente a esta parte.

La actitud colonial

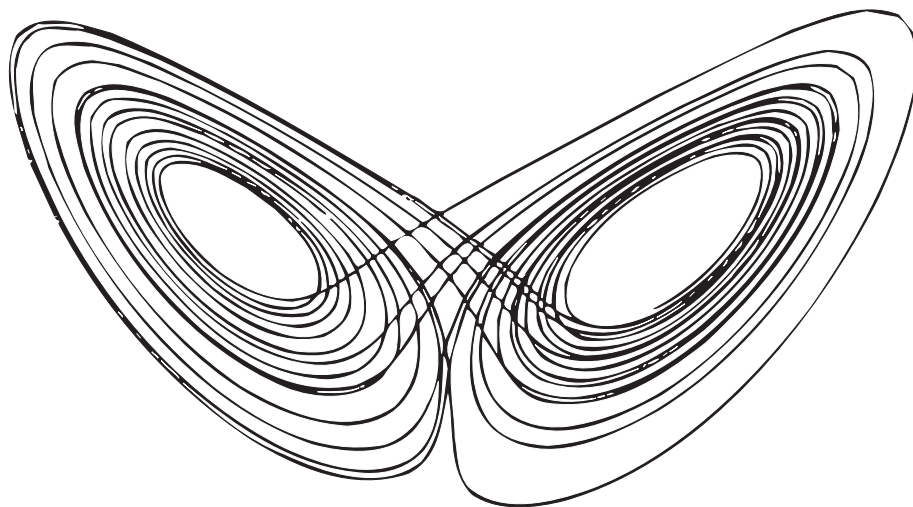
Los análisis críticos de los decenios pasados nos han mostrado también que un enfoque unidireccional, denominado actitud colonial (Pinxten, 1994), puede ser calificado de científicamente insostenible. El analista en ciencias sociales de antaño pensaba que un individuo, un grupo o una comunidad podían ser estudiados adecuadamente

si el científico, de principio a fin, ejercía y controlaba él mismo la observación, la recogida de datos y su interpretación. Las versiones positivistas o fenomenológicas no difieren sobre este punto: el investigador posee y utiliza los criterios finales y el sujeto de la investigación es un sujeto pasivo que no ejerce el control sistemático ni sobre las diversas decisiones, ni sobre los resultados de la investigación. Esto es lo que hemos dado en llamar actitud colonial. La nueva perspectiva sobre la investigación en el ámbito de las ciencias sociales parte de un análisis epistemológico: la construcción del conocimiento o de las representaciones de los sujetos es un proceso de interacciones entre investigador y sujetos. Por consiguiente, el objeto de estudio es la interacción. Un análisis adecuado debe aspirar a establecer una interacción óptima entre investigador y sujeto, lo que implica repensar la metodología de las ciencias sociales de manera profunda. Los interrogantes principales son entonces: ¿qué es una interacción adecuada?, ¿cómo se puede integrar el control del sujeto de manera sistemática durante el trabajo de investigación?, ¿cómo se pueden negociar las cuestiones de la investigación?, etc. Es evidente que una reorganización así de la investigación nos conduce necesariamente a una perspectiva comparativa.

A la búsqueda de un modelo: la teoría de los sistemas dinámicos

Las críticas mencionadas nos conducen al siguiente modelo abstracto: el modelo debe ser abstracto para que los aspectos interactivos y comparativos puedan ser captados y que una moral o una perspectiva cultural particular no puedan determinar la representación; el modelo debe describir las dinámicas; los parámetros y sus diversos valores deben ser integrados en un conjunto que denominamos configuración. Proponemos, en suma, utilizar la teoría matemática, también llamada de los sistemas dinámicos. Esta teoría describe las características generales de los movimientos complejos que emergen cuando se comprimen o dilatan ciertas formas sin llegar a cortarlas. Más concretamente, se dibuja una línea cerrada sobre una superficie elástica (un círculo, por ejemplo). Luego, se comprime, se pliega o se manipula dicha superficie de todas las maneras posibles (sin rasgarla): las características generales de la figura pueden ser descritas y son estudiadas en la topología. Al estudiar las *leyes* de los movimientos o dinamismos que permiten estos límites, abordamos la teoría de los sistemas dinámicos. En esta teoría nos es preciso hallar modelos para poder captar las dinámicas de identidad, en toda su complejidad y variedad, centrándonos en las particularidades de los conjuntos, con todo, generales. Por el momento, utilizamos estos modelos matemáticos de manera metafórica, ilustrándolos aquí con algunos casos restringidos. Por supuesto, estudios empíricos en profundidad nos aportarán el corpus necesario para utilizar los modelos de manera sistemática. Si los valores de los parámetros cambian, las dinámicas de la identidad evolucionarán hacia estructuras formales específicas que pueden ser calculadas mediante la teoría del caos. A modo de ejemplo, consideramos que un proceso equilibrado, que podemos reconocer

como *tolerante*, puede ser descrito mediante el modelo del caos conocido bajo el nombre del “*attractor*” de Lorenz, a menudo apodado “mariposa” (Stewart, 1989:138). La representación gráfica se presenta como sigue:



The Lorenz attractor

¿Por qué este modelo? El “*attractor*” es la forma temporal de un sistema dinámico sometido a condiciones particulares. Bajo otras condiciones (fuerzas políticas, contextos diferentes, etc.), la forma puede transformarse de nuevo. Así lo histórico del sistema puede ser aprehendido. Es en ese punto precisamente donde la teoría de los sistemas dinámicos se acerca a nuestro objetivo: nos permite describir la identidad como proceso de dinámicas en su aspecto histórico o como tal. Más concretamente, la identidad en este modelo está comprendida como una *configuración de identidad* (por ejemplo, la configuración árabe o la europeidad en el año 2000). Cada configuración incluye tres *dinámicas de identidad* que se sitúan en tres niveles diferentes: el individuo, los grupos y las comunidades. Una dinámica de identidad está constantemente constituida en el tiempo por valores configurados en tres *dimensiones*: la personalidad, la socialidad y la culturalidad. La personalidad es el conjunto de rasgos que singularizan a una persona como única: su inteligencia, su temperamento, su altivez, etc. La socialidad se aplica a todos los rasgos específicos, a los conjuntos de relaciones en los cuales los individuos se sitúan: código de familia, dependencias del grupo de edad, etc. La culturalidad es el conjunto de procesos que crea sentido para un individuo, un grupo o una comunidad, es decir, todo aquello que puede ser aprendido y las formas de aprender a aprender (por

ejemplo, oral/escrito). Estas tres dimensiones presentan a cada nivel (individuo, grupo, comunidad) rasgos diversos que difieren -en cada uno de estos niveles- según la situación, el tiempo o el espacio en el mundo. Es evidente que las dinámicas de la identidad pueden cambiar en el transcurso del tiempo en un mismo espacio (por ejemplo, la europeidad de este fin de siglo era inconcebible en el mismo territorio a principio del siglo). Dichas dinámicas pueden cambiar de espacio (por ejemplo, refugiados que aprenden otras lenguas, costumbres, etc.). Pueden cambiar, asimismo, sobre los tres niveles de extensión (por ejemplo, un pacifista dará prioridad a su país en tiempos de guerra; Rushdie intenta ensanchar la libertad personal en materia de religión, aunque el Islam (comunidad) no permite la elección individual en estas cuestiones).

DINÁMICAS DE IDENTIDAD Y DE CONFLICTO

Es probable que cada individuo, cada grupo y cada comunidad aprecien o vivan los conflictos de manera diferente. La complejidad de cada nivel será responsable de esta diferenciación. Para ser duradera y eficaz, la resolución de los conflictos debe tener en cuenta una multitud de factores. Por ejemplo, se plantean a las partes en conflicto las siguientes cuestiones: ¿qué significado se da al conflicto? ¿quiénes son los interlocutores legítimos? ¿cuáles son los resultados que cada parte espera de una resolución? ¿cuáles son las opiniones comunes o las disidentes? ¿de qué manera se ve la agresión? ¿qué se entiende por *paz*? Las respuestas a estas cuestiones cambian según el tiempo y el contexto. Además, algunos factores *materiales* entran en juego. Doom y sus colaboradores (1995, 1995b) desarrollan una teoría susceptible de detectar la escalada de los conflictos en un estadio inicial, al objeto de prevenir la explosión violenta. Ambos utilizan un sistema de indicadores de las tensiones estructurales, desigualdad social, composición de la población, cambios económicos, seguridad alimentaria, condiciones ecológicas, legitimidad del régimen, represión de los Derechos Humanos, gastos militares, etc. También ellos echan mano de las teorías dinámicas.

Hacia un estudio multidisciplinario

Nos parece deseable estudiar el campo de los conflictos de manera multidisciplinar. La mayor parte del tiempo, los autores se adhieren al *paradigma realista*. Los autores citados ofrecen un ejemplo de esta perspectiva: “(en materia de desarrollo) los hombres políticos reclaman modelos concretos a partir de los cuales puede iniciarse un trabajo constructivo. Esta llamada a la *realpolitik* puede ser seguida a través del concepto del *early warning* (Doom et al., 1995b:10). En esta perspectiva llamada realista,

las dinámicas culturales corren el peligro de desaparecer. Black et Avruch (1993) nos muestran que el paradigma realista concibe el sistema internacional en términos de juego entre Estados. Los Estados constituyen los actores monolíticos que maximalizan su seguridad por la manipulación llamada racional del poder. Los Estados se diferencian por su poder respectivo. La pretendida racionalidad que guiaría estos procesos excluye otras motivaciones (calificadas de débiles o no realistas). Rubinstein (1995) nos muestra que la perspectiva de la *realpolitik* equivale a un etnocentrismo que penetra en el análisis científico a través de los métodos: “political realism places a premium on the production of information that is characterized as ‘objective’, ‘rational’ (in a logical sense), amenable to formal modelling, and derived from ‘correct scientific methods’(...). In an important sense, the role accorded to such information in the analysis of social and cultural life derives from, and perpetuates, a pervasive ethnocentrism” (Rubinstein:985). El autor reconoce que el Estado es la única entidad común en los análisis y que los factores políticos, sociales y culturales a nivel local (de grupo, por ejemplo) son olvidados salvo en el contexto de su valor a la vista de acciones militares.

Nuestro enfoque pretende mostrar el interés relativo (aunque real) de las diferencias culturales para el reconocimiento de la importancia del factor intercultural en una serie de situaciones conflictivas. El análisis del conflicto ha sido difundido por diversas *escuelas* de las ciencias sociales. Por nuestra parte, resumiremos muy brevemente, sin entrar en detalles, cuatro de ellas. En la primera, siguiendo las teorías interpretativas de A.Schultz, el conflicto puede ser comprendido como una construcción social realizada por los individuos que entran en un proceso intersubjetivo. Las dimensiones de personalidad, socialidad y culturalidad intervienen claramente de una u otra manera en esta perspectiva. Otra escuela considera el conflicto como la comunicación que expresa tensiones subyacentes entre individuos. La teoría de la dinámica de grupos concibe el conflicto de esta manera. Por su parte, la macrosociología de Durkheim y Parsons identifica el conflicto como una respuesta funcionalista a la vista de la persistencia de las grandes estructuras sociales. En este marco, la teoría de Coser es la más detallada y ha sido considerada dentro de la sociología durante mucho tiempo como una teoría de base. Finalmente, la teoría materialista (y sobre todo marxista) sitúa los conflictos en un contexto económico en el que diversas partes poseen intereses opuestos.

El papel de las dinámicas de la identidad en la emergencia de conflictos

En la segunda parte de nuestro análisis hemos visto cómo las dinámicas de cada nivel (individuo, grupo, comunidad) influyen o codeterminan los procesos de identidad de los otros niveles. Cada nivel es el cruce de tres dimensiones que se configuran de forma diferente en el decurso del tiempo y a través del mundo. Estas dimensiones y dinámicas jugarán sus papeles también en caso de conflicto. A menudo, son incluso la causa de éste. Kriesburg (en prensa) determina cuatro condiciones para la emergencia de un conflicto

social: a) las partes en conflicto se ven como entidades separadas la una de la otra; b) al menos una de las partes se siente agraviada; c) al menos una de las partes tiene como finalidad realizar cambios en la otra parte a fin de satisfacer sus agravios; d) la parte agraviada posee la convicción de que el cambio deseado por la otra parte es posible. Estas cuatro condiciones son intrínsecas a todo conflicto y, además, están relacionadas entre sí. En nuestra perspectiva, las dinámicas de la identidad codeterminan agravios, objetivos y expectativas, y son parcialmente definidas por éstos. El conjunto da un conjunto de fuerzas y de interrelaciones complejas. Analicemos brevemente las cuatro condiciones en nuestro modelo.

La identificación de sí mismo como una entidad separada

Esta identificación que hace una de las partes depende de al menos cuatro características (partiendo de la teoría de Kriesburg, ya analizada en nuestro modelo):

-Homogeneidad de los miembros: cuanto más un grupo o una comunidad demuestra tener ciertos rasgos en común, tanto más existen posibilidades de que se consolide una dinámica fuerte de identidad. Ello se manifiesta por un incremento de puntos en común en los discursos narrativos y por cómo nos reconocen los demás (etiquetas). La comunicación interna y la solidaridad son medidas de homogeneidad, que se reflejan en la configuración de la identidad.

-Comunicación: normalmente, a más comunicación mayor sentido de identidad. Los aspectos contextuales de orden político, espacial y económico ayudan, pero los aspectos intrínsecos, como la uniformización de la lengua, la ocupación común del territorio, etc., resultan igualmente importantes. Los procesos en todos estos niveles se desarrollan dando lugar a conflictos ocasionales.

-Fronteras: si las fronteras son claras, la identificación es más fácil y se produce de forma más cómoda. Por otro lado, una mayor convergencia en los objetivos y los intereses de los miembros de un grupo o de una comunidad refuerza las fronteras y, al contrario, una mayor contingencia diluye éstas y el sentido de identidad. Es evidente que los casos límites (exclusión total y disipación general) son insostenibles puesto que hacen imposible la interacción con los otros.

-Organización: cuanta mayor integración posea un grupo o una comunidad, más se manifestarán en una colectividad uniforme y bien organizada. Los líderes o responsables de la organización pueden jugar un papel ejemplar en estos procesos, remitiendo también a discursos narrativos de afirmación y a las etiquetas impuestas por otros.

Es importante percatarse que todos los procesos mencionados se manifiestan en contextos que codeterminan a su vez el desarrollo del proceso. Por ejemplo, y entre otros aspectos contextuales, el deslizamiento hacia una identidad cristiana de la nueva derecha americana se produce en un contexto de decrecimiento del poder económico de Estados Unidos, mientras que el “despertar del Islam” no puede comprenderse como dinámica compleja más que en un contexto postcolonial de nuevos Estados-nación en las regiones correspondientes.

La interacción con los agravios

Los agravios son apreciados a menudo como expresión adecuada de un conflicto. Con frecuencia, la expoliación es el tema central, yendo de la falta de derechos a la falta de reconocimiento. Además, los agravios o las expoliaciones no son siempre la causa de un conflicto. En efecto, en nuestro modelo, una expoliación a nivel de la identidad individual (por ejemplo, la falta de libertad) puede acentuar las dinámicas de identidad de los niveles grupales y comunitarios (por ejemplo, preparación de una situación de revuelta colectiva), o viceversa. A menudo, los detentores de una ventaja relativa pueden incrementar el conflicto, posiblemente con beneficios para el grupo. Por ejemplo: “it is often the stronger, the richer, or the higher status group that seeks more of what it already has from a less capable opponent! Perhaps they do so because they can; but it may be that by their standards, they feel deprived. For that reason, among others, we must examine subjective considerations” (Kriesburg, en prensa:69). La observación de Kriesburg nos recuerda las dinámicas llamadas de “periferia”, descritas en los análisis del declive de las hegemonías en la teoría histórica del grupo de Wallerstein: el centro hegemónico produce necesariamente pequeños centros periféricos donde los mejor situados reclaman cada vez más los privilegios del centro.

La relación con los objetivos

La tercera condición según Kriesburg para que un conflicto aparezca es la formulación de objetivos respecto a la otra parte. De nuevo, consideramos que las dinámicas de la identidad juegan un papel importante. Por un lado, la perspectiva de los objetivos es importante: se puede aspirar a una integración más definida. Por ejemplo, los inmigrantes deben *cambiar* en el sentido de la igualdad de deberes respecto de la sociedad de acogida. Desde el punto de vista de los inmigrantes, éstos pueden reivindicar más igualdad de derechos políticos y económicos. La otra perspectiva es la de la separación, con exclusión más sistemática de los demás (en guetos, del poder político, del derecho al trabajo, etc.). Por otro lado, los cambios deseados pueden situarse en diversos niveles: bien como pequeños cambios, bien como reestructuraciones profundas. Las configuraciones de la identidad de las diversas partes pesan e influyen en el tipo de relaciones, bien en el sentido del conflicto bien en el de una posible coexistencia pacífica. De nuevo, los líderes pueden desempeñar un papel crucial en estos procesos, utilizando los discursos narrativos dominantes.

Las perspectivas de futuro

Las perspectivas de un futuro mejor o peor, e incluso catastrófico, intervienen también en un conflicto. También aquí la complejidad debe de ser respetada: las promesas de un futuro mejor pueden motivar a un grupo a entrar en un conflicto, mientras que el mejoramiento de las condiciones de vida puede reforzar o desalentar un conflicto. Los discursos narrativos así como las etiquetas utilizados por los responsables proporcionarán argumen-

tos en una u otra dirección. Resulta evidente que los criterios objetivos, citados por los propagadores de la *realpolitik* (los autoproclamados realistas) en el campo del análisis, han de ser integrados en el análisis. Pero, por nuestra parte, esperamos haber mostrado que los factores que intervienen en la configuración de la identidad de cada parte de un conflicto codeterminan el tipo mismo de conflicto y las posibilidades de superarlo o de reconducirlo. Los aspectos personales, sociales y culturales han de tomarse en cuenta en cada análisis, lo cual exige, como hemos subrayado en varias ocasiones, un análisis comparado.

Dinámicas de identidad y escalada de conflicto

Los análisis de Kriesburg y sus colaboradores, por un lado, y los de Doom y sus colegas, por otro, han mostrado que cada conflicto conoce fases típicas, en el curso de las cuales una fase latente puede evolucionar hacia al enfrentamiento violento, el cual puede ser seguido de una desaceleración. Un tipo de conflicto que nos devuelve al núcleo del objeto de la dinámica es el denominado *intratable*, como el conflicto virtualmente insoluble entre protestantes y católicos en Irlanda del Norte. T. Northrup (1995) muestra que un conflicto así recorre fases específicas en las que las configuraciones de la identidad desempeñan un papel considerable. En los conflictos intratables, las fuerzas convergentes de la identidad (es decir, dogmatismo, fundamentalismo, exclusivismo) son mucho más fuertes que las tendencias o formas contingentes, lo que explica por qué las relaciones posibles con la otra parte son extremadamente limitadas. La escalada adquiere formas típicas: el otro es identificado como una amenaza para nuestra identidad. Además sus propuestas serán cada vez más deformadas, mientras que el propio discurso narrativo va cavando más hondo la fosa entre las dos partes. (Un ejemplo dramático: los habitantes de Mostar han redefinido al otro en el transcurso del conflicto bosnio, convirtiéndolo en islámico/serbio, cruel, etc., a pesar de haber existido durante tiempo los matrimonios mixtos). Por último, la escalada se ve reforzada por construcciones cada vez más rígidas e impenetrables, eliminando toda forma de interrelación o de negociación. El otro se ha convertido en enemigo, en lugar de ser un posible compañero. Finalmente, el enfrentamiento resulta inevitable.

IMPLICACIONES PARA LA NEGOCIACIÓN

Durante un proceso de generación de un conflicto y ciertamente hacia el final de un conflicto, las partes deben, inexorablemente, verse cara a cara en unas negociaciones. Excepto los casos en que una parte extermina a la otra, la negociación ha de ser entablada en un algún momento. En otra parte, he esbozado (Pinxten, 1994) elementos de investigación que permitan negociaciones potencialmente eficaces y duraderas

entre las partes. El procedimiento sigue seis etapas y utiliza los instrumentos de investigación de la lingüística y de la antropología, integrando las partes y el investigador en un proceso interactivo y mutuamente controlado:

- Análisis cualitativo (como en la etnografía o la sociología cualitativa) de lo que está en juego, de los valores, de las convicciones, etc., de cada parte concernida.

- Identificación de las intuiciones culturales de cada parte: la multitud caótica de datos de la primera escala es analizada a la vista de regularidades, de principios de orden o de formas recurrentes. En nuestro modelo, las dinámicas de identidades y su estructuración a través de las dimensiones respectivas pueden ser comprendidas como elaboración de intuiciones culturales en el campo de la identidad.

- Análisis empírico sistemático: a partir de las intuiciones culturales de las cuestiones precisas, pueden ser formuladas hipótesis particulares que serán probadas en estudios sistemáticos y empíricos, utilizando técnicas y métodos de investigación de la lingüística (taxonomía, análisis semántico), de la antropología (trabajo sobre el terreno, entrevistas) o de la sociología empírica (encuestas, etc.). La elección del método depende de los instrumentos disponibles y del objeto de análisis. Los resultados ofrecerán una serie de descripciones particulares en las que se detallarán las configuraciones de la identidad.

- A partir de este punto del análisis, entra en juego la negociación explícitamente. El investigador construye con cada una de las partes una carta denominada IMF (*Intercultural Meta Frame*): los datos particulares extraídos de la investigación son integrados en un marco de descripción o de representación común, el IMF. Las configuraciones de la identidad aparecen detalladas, unas junto a otras, en sus tres dinámicas respectivas y aprehendidas mediante el lenguaje de la teoría de los sistemas dinámicos.

- Comparación: la representación paralela en el IMF hace posible la lectura comparada de los datos. Así, puede verse cuáles son los puntos de divergencia para cada uno de los implicados en el conflicto potencial o actual, así como los elementos de convergencia, de congruencia o de “mismicidad”, en las dinámicas y las configuraciones de las dinámicas de la identidad correspondientes. Está claro que el ámbito de negociación posible o accesible aparece a partir de este momento. No entramos en el detalle de las diferencias y las similitudes concretas posibles aquí, ya que sólo queremos indicar el mecanismo de investigación, ligado a un procedimiento de negociación. Ni los aspectos formales, ni los aspectos de contenido (personal, social, cultural) serán especificados aquí.

6) Negociación y gestión del conflicto: a partir de las investigaciones antes indicadas, resulta factible iniciar negociaciones o proyectos de resolución del conflicto. Estamos convencidos de que los resultados de esta última fase del trabajo serán más duraderos y más justos, ya que las negociaciones y el proceso de resolución del conflicto están basados sobre profundos análisis previos realizados en interacción sistemática con las partes involucradas.

Referencias bibliográficas

- Allport, G. (1954) *The Nature of Prejudice*. Cambridge, Mass.: Addison-Wesley Cy.
- Anderson, B. (1983) *Imagined Communities*. London: Verso.
- Aranowitz, S. (1992) *The Politics of Identity. Class, Culture, Social Movements?* New York: Routledge.
- Black, P. y Avruch K. (1993) "Culture, Power and International Negotiations: Understanding Palau-US Status Negotiations." *Millenium* 22: 379-400.
- Boyd, R. / Richerson P.(1985) *Culture and the Evolutionary Process*. Chicago: Chicago University Press.
- Cavali-Sfroza, L. y F. (1996) *The Great Human Diasporas*. New York: Addison-Wesley Cy.
- Doom, R. y Vlassenroodt K. (1995) *Early Warning and Conflict Prevention. Minerva's Wisdom?* Brussels: ABOS.
- Doom, R., Debakker P. y Van Maele D. (eds.) (1995b) *Early Warning. Preventie of Pretentie?* Antwerpen: IPIS.
- Erikson, E.H. (1968) *Identity. Youth and Crisis*. London: W.W. Norton.
- Fabian, J. (1984) *Time and the Other*. New York: Columbia University Press.
- Hutchinson, J. y Smith A.D.(eds.) (1996) *Ethnicity*. Oxford: Oxford University Press.
- Ingold, T. (ed.) (1995) *Companion Encyclopedia of Anthropology*. London: Routledge.
- Kelly, G.A. (1955) *The Psychology of Personal Constructs*. Vol. 1: *A Theory of Personality*. New York: W.W. Norton.
- Kriesburg, L., Northrup, T.A. y Thomson J. (eds) (1989) *Intractable Conflicts and their Transformation*. Syracuse: Syracuse University Press.
- Kriesburg, L. (sous presse) *Social Conflict Theory. Toward Constructive Struggle*. Syracuse.
- Martin, D.-C. (1995) "The Choices of Identity", *Social Identities*, 1: 5-20.
- Northrup, T.A. (1992) *The Collusion of Enemies: Identity and Conflict in Northern Ireland*. Mimeo.
- Pinxten, R. (1985) *Cultures sterven langzaam*. Antwerpen: Hadewych.
- Ricoeur, P. (1990) *Soi-même comme un autre*. Paris: Éditions du Seuil.
- Rubinstein, R.A. (1995) "Collective Violence and Common Security", in Ingold T. *Companion Encyclopedia in Anthropology*: 983- 1009.
- Said, E. (1972) *Orientalism*. London: Penguin.
- Stewart, I. (1989) *Does God Play Dice?* London: Penguin.
- Tajfel, H. (ed.) (1978) *Differentiation between Social Groups*. London: Academic Press.
- Tajfel, H. (1982) *Social Identity and Intergroup Relations*. Cambridge: Cambridge University Press.
- Verstraete, G. (1995) "De 'Human Social Functioning' - methode van Eugène Heimler", *Sociaal* 158: 8-15.